

La izquierda y la revolución mexicana

JAVIER GUERRERO

No tiene nada de extraño el que con frecuencia se califique de “izquierdistas” a personas o entidades que distan mucho de serlo; así, por ejemplo, en la actualidad, en México, se pretende asustar con el “petate del muerto” a miles de gentes proclamando que el Jefe de Gobierno del Distrito Federal representa un “peligro”, ya que de llegar a la Presidencia de la República instauraría un régimen radical. Tal aseveración es absurda; quien gobierna en la ciudad de México nunca ha sido un maximalista, está rodeado de priistas –no de hombres y mujeres que por convicción hayan abandonado el priísmo primigenio– ha gobernado en colusión con hombres de empresa, impulsa la privatización del agua en la ciudad y desde luego, es un populista, es decir alguien, que otorga ciertas concesiones a algunos sectores populares, sin permitir jamás que los miembros de estos lleguen a tener un poder real.

Este tipo de errores es muy frecuente en la historia; en ocasiones se cometen deliberadamente con objeto de propiciar la confusión, pero en otros momentos nacen de la simple ignorancia (al respecto, no sé si alguien como Luis Pazos es un vivalde o un palurdo; según él, el fracaso de Hitler se debió a que éste ¡era socialista! Cualquiera que no se confunda torpemente con el nombre del partido comandado por ese dictador –Partido Nacional Socialista Alemán– sabe que el régimen hitleriano fue un decidido defensor de los capitalistas mono-

polistas germanos). Por ello me extrañó que un célebre e inteligente abogado, Néstor de Buen escribiera en el diario *La Jornada* del 20 de marzo de 2005, una serie de planteamientos incorrectos acerca de lo que es la izquierda en la sociedad. Según De Buen ilustre compañero en el Instituto Luis Vives, “la izquierda vendría a ser, como lo ha sido a lo largo de la historia de México, sólo una aspiración remota de intelectuales, yo entre ellos”.

La afirmación anterior avala la afirmación del propio Lenin en el sentido de que el socialismo –expresión máxima de la izquierda social– es, primeramente, elaborado como teoría en las mentes de los intelectuales y ulteriormente es transmitido por estos al movimiento obrero. Este punto de vista puede ser correcto o no, pero sin duda contraviene las concepciones de Carlos Marx, de quien Lenin se preciaba de ser discípulo. Para Marx, el socialismo se presenta a consecuencia de la propia práctica social y política de la clase obrera, en la lucha por sus reivindicaciones, que siendo primeramente de carácter gremial, devienen políticas en la medida en que sólo pueden ser plenamente logradas gracias a la toma del poder. Marx decía que él llamaba “comunista” no a un grupo o a un partido, sino al movimiento real que tiende a la abolición del estado de cosas dado (el capitalismo). Y debido al carácter expoliador y explotador del capitalismo, ese movimiento coexiste necesariamente con él, lo que significa que la impugnación revolucionaria al capitalismo *no* es erradicable en el seno de este modo de producción. Ciertamente, después del

derrumbe del despótico “socialismo real” (que era realmente contrarrevolucionario), el socialismo y el comunismo se hallan en repliegue, pero ello no significa que muchos movimientos sociales actuales no tengan un contenido objetivo de carácter anticapitalista.

Tomando en cuenta lo anterior, podemos definir a los movimientos de izquierda como movimientos antisistémicos (que están en contra de los sistemas sociales y políticos vigentes y que tienen como actores principales a sectores que sufren diversos grados de explotación y opresión en la sociedad actual. De Buen considera que los términos “izquierda” o “derecha” no expresan por sí mismos “una determinada ideología” (o sea, que son vocablos que se usan lo mismo para un barrido que para un fregado). De Buen es víctima de la confusión de la época actual, en la que muchos supuestos izquierdistas llevan a cabo políticas neoliberales y no pocos políticos reaccionarios vociferan ante las masas sus inclinaciones sempiternas por el “centro-izquierda” (recordemos que el propio Vicente Fox proclamó cuando era candidato presidencial su vocación centro izquierdista).

De Buen sorprende al afirmar que: “Nuestra revolución (la Mexicana, FJG) nunca fue de izquierda. Ni Carranza, conservador esencial, ni Obregón, ni Villa, ni Zapata manifestaron algún izquierdismo”. A continuación asevera que la izquierda pudo haber sido representada por los jacobinos del Constituyente de 1917, encabezados por Francisco J. Mújica. Aquí De Buen muestra una ignorancia asombrosa, galáctica. En primer lugar, olvida al muy importante grupo radical que impulsó el proceso revolucionario, los magonistas. Ciertamente, ya en 1910-1917, este grupo, como tal, no tuvo participación importante en la revolución. Pero es claro que Ricardo Flores Magón y sus compañeros no sólo fueron precursores fundamentales del levantamiento armado de 1910, sino que también sus ideas, sus programas políticos y sus actividades influyeron sustancialmente al ideario de la Revolución. Y en cuanto al villismo y el zapatismo, cabría preguntarse: ¿por qué los ideólogos de izquierda los alaban? ¿Por oligofrenia? ¿Porque villistas y zapatistas les parecen unos rancheros, campesinos e indígenas muy “folklo-

ricos”? No es así; las posturas favorables a ellos se deben a sus características como movimientos populares, como movimientos que combatían a la explotación y la opresión.

El villismo fue un movimiento notoriamente contradictorio. Programáticamente, se diferenciaba poco al carrancismo, y, al igual que éste, propugnaba la implantación de una República de propietarios pequeños y medianos, al estilo *farmer*. Y antes de sentirse traicionado por el gobierno norteamericano, Villa coqueteó notoriamente con los agentes de éste. Pero el movimiento villista rebasó ampliamente a los asesores moderados del famoso guerrillero, y sobre la práctica misma, al apoderarse de las tierras de muchos hacendados, los villistas imponían, como dijo un periodista en esa época, “un socialismo sin saberlo”.

El zapatismo era mucho más radical e izquierdista que el grupo de constituyentes aliados a Mújica en 1917. Para empezar, impusieron un poder popular independiente (lo que Adolfo Gilly llama la *Comuna de Morelos*). Las leyes zapatistas fueron las más avanzadas de la Revolución (y no solo en el terreno agrario, como quieren hacer creer Enrique Krauze y otros) y delineaban un México futuro apoyado en la colectivización rural y en una base de poder obrero en el ámbito industrial, tal como se establece en la llamada *Ley Palafox* de 1915. ■

